

LA MANIOBRA ANFIBIA

Antonio de QUEROL LOMBARDERO



A finalidad de la maniobra anfibia no es otra que la ejecución de aquellos combates que nos consigan las condiciones normales del combate. Quiere esto decir que la finalidad en sí de la maniobra anfibia puede ser diferente, y en la mayoría de los casos lo será, de la finalidad táctica de la operación anfibia para la que actúa, y por supuesto a *fortiori* (con mayor razón) de la finalidad estratégica. Por ejemplo, la finalidad estratégica en el desembarco americano

en las Marianas durante la segunda guerra mundial era la conquista de aeródromos desde donde los superbombarderos B-29 basados en tierra tuvieran bajo su radio de acción el territorio japonés. La finalidad táctica de la operación anfibia sobre Saipán (la primera de las islas del archipiélago en la que se desembarcó) se centraba en la conquista y explotación del aeródromo de Aslito, al sur de la isla, y su pronta explotación. Sin embargo, la maniobra anfibia que se realizó apenas tuvo en cuenta estas finalidades, y se organizó con vistas a alcanzar unos objetivos que, una vez ocupados, garantizaran una cierta normalidad en el combate en tierra: conquista del monte Pale, cota 500, monte Tapotchau, valle de la Muerte, etc. A partir de entonces, las operaciones no se diferenciarán de una operación terrestre cualquiera, porque ya la maniobra anfibia está realizada.

Los japoneses a su vez debieron oponer una contramaniobra anfibia, pues sus acciones no estuvieron dirigidas a impedir lo que obviamente era la finalidad del desembarco, la conquista del aeródromo, sino a desbaratar la maniobra anfibia, lanzando contraataques tendentes a separar los primeros escalones de su retaguardia y centros de avituallamiento, resistir en bolsas para impedir la seguridad del despliegue interno, y adelantar todo lo posible su artillería para hacer caer sus fuegos y volver inservibles para el tráfico las playas de desembarco en sus avenidas marítimas y terrestres.

En realidad, esta anormalidad es intrínseca a todas las fuerzas que combaten en un medio anormal, y así podríamos hablar de una maniobra de montaña, de desierto, etc. Éstas tienen que combatir para ganarse, por decirlo así, antes de nada, las condiciones normales del combate. Todas ellas necesitan de medios especiales y tropas habituadas a usar tales medios, de forma que, además de ser capaces de combatir en una situación normal, estén especializadas física y mentalmente en sus respectivas maniobras particulares. Pero de todas ellas, por lo brusco y extraño del paso de un medio a otro, la más pecu-



Desembarco norteamericano durante la guerra del Pacífico.

liar es la anfibia, en la que hay que alcanzar la normalidad desde un medio tan extraordinariamente anormal para el combate terrestre como la mar.

Veamos, pues, cuáles son las características de normalidad en un combate terrestre y cómo una fuerza naval (buques y fuerza de desembarco) debe maniobrar para alcanzarlas.

Entendemos por maniobra, según la vieja definición, el arte de disponer, mover y emplear las fuerzas en el combate, con orden, rapidez y recíproca protección, y teniendo en cuenta la misión, el terreno, el enemigo y los propios medios. Sin embargo, en nuestro caso, la sujeción rígida a la misión queda bastante disminuida a favor de una misión general y anterior: alcanzar la normalidad. Lo demás permanece inalterable.

Una fuerza terrestre, independientemente de su potencia (absoluta o con relación al enemigo), se encuentra dentro de las condiciones normales del combate, principalmente cuando ha logrado los siguientes requisitos:

1.º Unión sin solución de continuidad con la retaguardia donde se encuentran los recursos que tienen que alimentar la batalla

Clausewitz, al tratar la guerra en montaña, se refiere a la existencia de esta solución de continuidad como el factor más debilitante en el despliegue de una fuerza al presentar batalla. Como ejemplo aduce que si tuviera que defender España de una invasión desde Francia no se defendería en los Pirineos, sino en el valle del Ebro, pues los Pirineos cumplirían mejor su papel de obstáculo rompiendo la continuidad en el despliegue del atacante, dificultando su logística, aislando sus reservas y haciendo muy penoso el alimentar la batalla.

Esto es válido incluso para el ámbito naval. En la campaña del Pacífico durante la segunda guerra mundial, la fuerza aeronaval americana, incluso cuando a partir de la batalla de las Filipinas alcanzó una gran superioridad sobre las japonesas, nunca atacó un objetivo sin asegurarse del mantenimiento de la continuidad con los anteriores, de manera que la aviación basada en

tierra en los objetivos conquistados siempre pudo reforzar la potencia de la aviación embarcada. Incluso después de Iwo Jima, y con la metrópoli japonesa al alcance de sus grandes bombarderos, no se pensó en atacar directamente las costas de Japón sin antes reforzar esta continuidad con la costosa y sangrienta conquista de Okinawa, a medio camino entre las dos: se quería conseguir la continuidad también de la aviación táctica basada en tierra.



En una operación anfibia es forzoso que a partir de los primeros momentos la fuerza de desembarco actúe con la continuidad rota a sus espaldas. La gran barrera que supone el cambio del medio marítimo al terrestre es inherente a la operación, aunque desde el principio se ha querido paliar esta circunstancia. En el desembarco de Tarawa (islas Gilbert), segunda de las operaciones anfibias tras Guadalcanal, las embarcaciones donde iban las primeras olas chocaron con una barrera de arrecifes a pocos centímetros bajo el agua, y por tanto tuvieron que dejar a los infantes a una distancia considerable de la playa para recorrerla con el agua al cuello bajo el fuego enemigo. Para la siguiente operación en las Marshall, los americanos ya se habían hecho con un tractor anfibia, antecedente de la actual LVT, capaz de llevar media sección de fusiles y de franquear pequeños obstáculos (por cierto que algunos de aquellos monstruos fueron comprados por España y utilizados durante los años sesenta en nuestros ejercicios de desembarcos). Tras la segunda guerra mundial, el helicóptero y el colchón de aire han disminuido la vulnerabilidad que supone el cruce de esta barrera, aunque tampoco es un remedio universal: no siempre el terreno, la meteorología y otras circunstancias permitirán su uso. Además, la logística no se podrá valer de ellos, sino de una manera restringida y puntual. La gran barrera seguirá siempre existiendo, y la posesión de medios que reduzcan su efecto serán, con los otros factores de terreno y enemigo, los que nos diseñarán la maniobra anfibia en cada caso.

2.º Posesión de un espacio para el despliegue de todas las fuerzas con la suficiente amplitud para permitir fácilmente los movimientos, apoyos mutuos, fuegos, abastecimientos, etcétera



La Infantería de Marina se lanza al asalto de una playa en el Pacífico. El bombardeo de la aviación y la escuadra ha batido previamente la zona de desembarco, que arde envuelta en humo.

En las operaciones anfibas se ha intentado remediar el hecho de tener que empezar a combatir a cero de efectivos y de terreno, con el aprovechamiento del espacio marítimo de la zona de desembarco para desplegar allí gran parte de la fuerza antes de la hora H. Así, con los primeros escalones a bordo de tractores anfibios y pequeñas embarcaciones de desembarco que se mueven por los amplios espacios que la mar ofrece y que se concentran sólo para dirigirse a la playa, y mediante la organización de olas a la orden, depósitos a flote, sistemas de cargas armónicas y diversificadas, etc., se consigue cierta continuidad en el despliegue. Sin embargo, este despliegue, rígido y casi rutinario en la mayoría de nuestras operaciones anfibas, sigue siendo muy vulnerable y lento. Las mejores características de embarcaciones, buques y medios aéreos actuales deberían permitir una mayor flexibilidad en él. Quizá ya se podría hablar de olas de buques sobre la zona objetivo en vez de olas de embarcaciones sobre las playas, puesto que es posible realizar la descarga de los grandes buques en un tiempo mínimo. La maniobra es el resultado de optimizar nuestros medios en una determinada geografía y contra determinado enemigo, por lo que no siempre tendremos que movernos en ese diseño fijo de movimiento hacia la playa de carros y secciones de asalto, sostenes, armas de

acompañamiento, reservas y artillería, unidades logísticas, etc. Quizá la artillería pueda estar ya en tierra simultáneamente o incluso antes que las secciones de asalto de las compañías; quizá se pueda establecer en tierra un apoyo logístico importante incluso antes de la hora H. En el desembarco de Okinawa no se dudó en incluir en la maniobra la ocupación de islas menores o islotes paralelos a la costa, que dieron desde los primeros momentos profundidad al despliegue total en artillería, centros logísticos y reservas desde los primeros momentos de la operación: en la isla Kerama desembarcó gran parte de la reserva de la fuerza de desembarco, y en la de Keise, la artillería media. Posteriormente, cuando las fuerzas fueron progresando en tierra, se desembarcaron tropas en la de Tusen, frente al centro de la alargada Okinawa y dominando las costas de las dos mitades, preparadas para ser empleadas en cualquier punto de ellas. Ninguna de estas pequeñas islas deshabitadas constituían objetivos en sí, pero su integración en el despliegue en tierra de la fuerza de desembarco permitió tener más a mano y en situación mucho menos vulnerable aquello que permite al jefe de la fuerza actuar en el combate una vez iniciado: el empleo de los fuegos y el empleo de la reserva.

Pero, se dirá, no siempre se tienen a mano islotes frente a las costas que se van a asaltar. Sin embargo, frecuentemente se puedan tener en cuenta accidentes del terreno que aconsejen asaltos secundarios que mejoren sensiblemente la maniobra sobre el principal. Y cuando no se pueda, pues no se puede. Porque lo que estamos tratando de decir es que la primera cuestión a resolver por la fuerza de desembarco es la obtención de la normalidad del combate en tierra. Y además de por la eliminación de la solución de continuidad entre el medio marítimo y el terrestre, esto se consigue estableciendo prontamente el despliegue de la fuerza, de manera que pueda dar de sí toda su potencia de fuego, movimiento y choque. Ninguno de los islotes que rodean Okinawa eran objetivos en sí; sin embargo, fueron constituidos como tales, incluso con prioridad sobre la ocupación de los dos istmos que al norte y al sur aislaban la ancha parte central sobre cuya costa oeste se realizó el desembarco.

Al decir el rápido despliegue de *todas* las fuerzas, se entiende que éste tiene que conseguirse con ciertas condiciones de seguridad, pues nada se ganaría si se obtuviera merced a una mayor vulnerabilidad que a bordo. De nada sirve establecer una cabeza de playa con todos sus elementos de apoyo si está sometida a un fuego intenso de la artillería enemiga que la haga prácticamente inservible para la descarga y el tránsito. Y no sería ocioso señalar aquí que si las armas de infantería pueden molestar mucho a las unidades de primera línea (que ya se encargarán de ir reduciéndolas como en un combate normal), una artillería enemiga potente y con alcance medio puede hacer abortar la operación manteniendo cortado el despliegue propio por el lugar más crítico para poder alimentar la batalla. Situada en desenfilada y a la suficiente distancia para no estar empeñada en el combate con nuestras primeras unidades, y puesto que la artillería naval, con un tiro extremadamente tenso (ángu-

los de caída mínimos), no es idónea para las misiones de contrabatería; es imprescindible tener pronto en tierra nuestra propia artillería para llevar a cabo este cometido tan importante y que nadie puede hacer por ella. No sería malo estudiar la vuelta a aquellas LVTH (obús acoplado y propulsado por tractores anfíbios), empleadas hace cuarenta años por la Infantería de Marina americana, y que quizá todavía estén en venta. Estos obuses, llevando a cabo el movimiento buque-costa con las primeras olas, constituyen, desde la mar y posteriormente sobre la tierra, incluso antes de la hora H, una base de fuegos versátil y, para ciertas misiones como la contrabatería y contramorteros, única. Esto y el rápido desembarco de nuestra artillería de campaña, unido a la posesión de los modernos sistemas de fono, sono y radarlocalización situados a bordo de los buques de apoyo de fuegos, lugar el más apto para obtener de ellos el máximo partido merced a su constante movilidad, sería la mejor forma de proteger la zona de playa de la peligrosa acción de la artillería enemiga.

3.º Y con esto llegamos a la tercera característica de lo que debe ser la normalidad que intentamos adquirir mediante la maniobra anfibia. Además de eliminar la solución de continuidad que impone el cambio de medio mar/tierra, y además de lograr el despliegue que permita la acción de conjunto de toda la fuerza (naval y de desembarco), éste debe quedar consolidado de manera que lo que Clausewitz llama el elemento geométrico esté establecido de la forma que mejor dé toda su potencia. El mismo tratadista afirma que la máxima potencia de una fuerza se adquiere en la defensiva. Toda acción ofensiva la pone de algún modo en un estado de debilidad. Una fuerza que desembarca y que parte del grado mínimo de fuerza debe maximizar su debilidad con objetivos sucesivos que la contrarrestaren, adquiriendo lo más rápidamente posible un despliegue defensivo. Eso no quiere decir que se renuncie a ejecutar acciones en profundidad, o a la acometividad y rapidez en el avance. Más bien sería todo lo contrario, pues casi podríamos decir que la defensiva hay que organizarla de vanguardia a retaguardia. Pero el espíritu de la acción, la elección de objetivos y la ubicación de las unidades han de estar determinados por una intención defensiva si se quiere alcanzar con rapidez la normalidad en el combate. (Pues casi estaríamos tentados a decir, traduciendo la idea de Clausewitz, que la normalidad es la defensiva, y que toda acción ofensiva introduce en el combate alguna anormalidad).

Por eso, al elegir la zona de desembarco ha de buscarse con este criterio; es decir, no tanto con el de ir directamente a la conquista del objetivo que nos marca la misión, sino con el de obtener las mejores condiciones para alcanzar lo más rápidamente la consolidación de las fuerzas en un despliegue defensivo. Pues ese despliegue es el que nos permitirá en una acción de conjunto caer sobre el enemigo de una forma eficaz, y cumplir la misión con toda la potencia de nuestras fuerzas.



Ni que decir tiene que muchas veces podrán ser incluidas ambas finalidades, la consecución de la normalidad y el cumplimiento de la misión, dentro de la misma maniobra, y que se irá consiguiendo lo uno al tiempo que se consigue lo otro. Pero cuando no sea así, la maniobra anfibia ha de tener prioridad sobre la maniobra meramente terrestre que nos lleve directamente al cumplimiento de la misión, pues ésta puede estar abocada al fracaso precisamente por no haber atendido primeramente a la otra.

Así que podríamos decir, según la definición clásica de maniobra que recordamos al principio de estas reflexiones, que de los factores a tener en cuenta para determinarla, misión, enemigo, terreno y medios propios, la maniobra anfibia se caracterizará por no tener, en principio, en cuenta o no tener solamente en cuenta la misión específica que se nos ha ordenado, y sí la misión general y prioritaria de la consolidación de la fuerza.

Esto tiene dos consecuencias importantes. La primera es que la maniobra anfibia se podrá llevar a cabo tanto mejor y con mayor rapidez en tanto se usen los medios especiales (navales y terrestres) que mejor eliminen la solución de continuidad mar/tierra que más rápida y eficazmente nos permitan desplegar todas las fuerzas, y que refuercen hasta las más pequeñas unidades

con una potencia de fuego, movimiento, trabajo y choque que aumenten de modo extraordinario su capacidad defensiva.

La segunda es que las fuerzas que han de llevarla a cabo han de estar especialmente instruidas para esta maniobra por el uso constante de estos medios especiales, y el íntimo conocimiento y adaptación a todas sus posibilidades navales y terrestres. Nadie debería extrañarse que hasta el más humilde pelotón de fusiles tenga los medios y la instrucción conveniente para poder en un momento determinado dirigir los proyectiles de todos los buques artilleros de la fuerza naval, o toda la aviación de apoyo disponible, para atacar una zona importante sobre la que él tiene la mejor observación; o que una brigada de infantería de marina disponga de artillería que en ejército sólo se emplea de división para arriba, o material sofisticado de zapadores que se emplea en cuerpo de ejército.

Creemos que en la Armada española se ha entendido esto así, y con buen sentido se ha aceptado que tras un largo historial de especialización nuestra fuerza anfibia, el Tercio de Armada, haya adquirido o esté en trance de adquirir medios de combate y logísticos que quizá un táctico terrestre consideraría excesivos para su entidad, pero que no lo son en absoluto, sino los necesarios para el desarrollo de una maniobra muy especializada, en la que ya se ponen en juego medios navales infinitamente más valiosos, y que es llevada a cabo por unas fuerzas siempre aisladas que no tendrán a mano otras que les puedan apoyar, reforzar o suplir.

